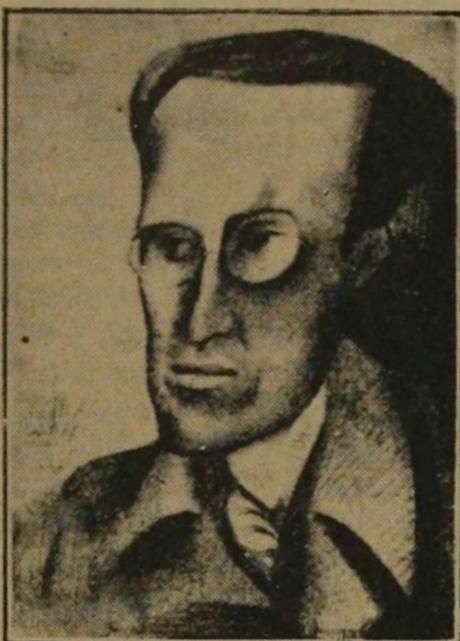


Literatos nuevos

Giménez Caballero

—Envío del autor—



Giménez Caballero

Unas líneas autobiográficas

= De Hélix, Barcelona, febrero 1980 =

Hay en mis venas sangre líbica. (Me enternece demasiado la dureza. La vida sin árboles. Y el cielo áspero como jaique). Y noto en mí una turbadora raíz de humildad y de soberbia: ¿cristianismo, islamismo?

Hay, en mis perfiles de carácter, tendencia absorbente, romántica. Amor por lo claro. Y plástico de la vida. Por lo dogmático. (¿Es esto ser católico, imperialista?).

Hay en mi mentalidad gironés de inquietudes—críticas—rubias. Romanticismo. Germanidad. Me atraen las máquinas y creo en la Universidad laica. Mis ideas salen siempre de la cabeza con manteo protestante.

Soy un contemplativo. Me repugna la acción. Sin embargo, no puedo vivir sin la acción porque siento, a la par, la indignidad de la inercia vital.

Mi tendencia, mi destino es nihilista. Y atroz. Tiendo hacia el quietismo, la autonegación y la caquexia de cuerpo y de alma. Hacia el éxtasis. Creo que soy un místico.

Pero mi ambiente industrial, mi hogar, mi orgullo—me impiden realizar hasta ahora—¿alguna vez?—mi último postulado psíquico y constitutivo.

Soy alegre y taciturno como dos discos de gramófono dispares. Creo en el deporte pero no lo practico. En el rey de bastos, en la política y el arte heraclidas, pero mis manos son incapaces de sostener otro peso que el de un libro. (Me entusiasmaría ser un buen soldado, en un régimen anárquico).

No soy mujeriego. Amo a una mujer desde siempre y para siempre. Como un fraile sincero amaría un culto privado de Virgen Madre.

Me resbala el mundo cortical. Yo no hago nunca las cosas que hago. Yo no he hecho La Gaceta Literaria ni la Exposición del Libro Catalán, ni nada. Ni siquiera, casi, mis libros hasta ahora publicados. El que más prefiero es el de Yo, inspector de alcantarillas, que no ha tenido éxito en España. Ahí me he dejado traslucir en mi yo más aterrador.

Soy ingrato a fuerza de delicadeza, con las gentes. Mi ilusión es ser social. Pero mi querencia, la absoluta soledad. En el fondo, soy un poeta que es Consejero de Fábrica y viste mono azul de operario, y nunca escribirá versos.

E. Giménez Caballero

De Giménez Caballero no se puede hablar en un artículo y merece un libro; ya lo sé. Yo por mi parte desde hace algún tiempo tengo hecha esta promesa: he de escribir, más o menos interesante, un libro sobre este escritor. Antes es menester una labor de tanteo, esa misma operación del pintor y del fotógrafo ante el modelo; es menester verle a distintas luces y en distintos escorzos, como si se tratara de buscar apuntes rápidos que más tarde hubieran de unificarse.

Sea este artículo uno de esos apuntes. El primero. Aquella impresión primigenia que cae en el ánimo; aquella impresión preliminar a todo juicio y a toda orientación.

Diríase: Giménez Caballero es un escritor dinámico, su prosa trepida; hay prosas literarias en donde la realidad emerge, es decir prosas expresivas por las cuales en la conciencia del lector van cayendo imágenes, ideas y fragmentos de realidad, ¿es así la de Giménez Caballero?, yo creo que no. Pudiera pensarse que este escritor lo que menos pretende es llevarnos a un determinado recinto de la realidad, es más yo creo que pretende lo contrario: sacarnos de la realidad.

Hay varios modos de sacarnos de la realidad, uno es aquel tradicional en los poetas, que consiste en elevarnos sobre la naturaleza sensorial e inscribirnos en parajes más o menos fantásticos e ingravidos, otro es el que emplea Giménez. Con la prosa de este escritor no nos elevamos sobre la naturaleza si no que nos deslizamos, diríase que su prosa nos arrastra, pero no es un deslizamiento suave y plácido, si no accidentado y sin muelles. Es curiosa la forma de escribir de este literato, el lector puede observarla, sucede que de pronto en el fragor de la prosa una frase certera se dispara y se hinca en la realidad, entonces contra lo que pudiera suponerse, la prosa no se detiene, si no que al revés, se ve ese tirón de la inercia, cuando en algo articulado se detiene un fragmento, es un tirón que se transmite y hace crujir como huesos o como cadenas—es decir como algo articulado e indúctil—a las palabras. La especial armazón sintáctica de esta prosa ya tiene algo de cadena, en ella son muy frecuentes las frases compuestas de una sola palabra, palabras estas que aunque mantienen contacto con el resto de la frases, tienen unidad propia, como eslabones.

Esta arquitectura impide la expresión de conjuntos y de panoramas, la unidad total se pulveriza

en minúsculas unidades, la expresión en impresiones, el lector avanza entre sonidos simultáneos como entre los disparos granados de una guerra y la realidad bajo él se descoyunta. Es el efecto de ir enlazados a la cola de un potro; por eso la realidad a través de Giménez Caballero parece tan áspera y leerle es algo así como ir tropezando y cayendo; diríase que el ambiente nos le restrega por la cara y a veces—pese a su aire juvenil y desenfadado—por el corazón.

En definitiva: este escritor huye cuando escribe; se adivina que su ánimo esquiva algo hostil; pero este gesto de esquivar algo, con ser tan habitual en Giménez no es exclusiva de él, puede asegurarse que toda la literatura nueva tiene esa actitud contraída y nerviosa que es propia de quien se defiende y teme. Nada más confiado que las literaturas tradicionales: clásicos y románticos se imaginan ser el centro del mundo, todo el entorno queda subordinado a su personalidad y pendiente de ella como están pendientes del sol los colores del paisaje, en los nuevos no sucede eso si no al revés: el paisaje actual tiene personalidad propia en donde el ánimo literaria no cala. Este es el fundamento de la literatura de hoy: que el ambiente que transita el literato está ya completo. Aunque no lo parezca, la realidad del hombre es un conglomerado de dos porciones, una que la pone la naturaleza exterior, otra que emerge de la propia naturaleza humana. Este conglomerado, es, por encima de la Naturaleza, la realidad; esta realidad es creación del hombre y sin exageración pudiera decirse que el motivo capital de su vida. Vivir, es dar lugar a nuestra realidad: idealizar la Naturaleza o sentirla, y uno de los modos de ejercer la vida es crear obras de arte: el literato, el pintor, etc., cuando trabajan, viven, nada más y nada menos; estrictamente en el mismo sentido que el que ama y crea como decía Stendhal una "cristalización" sobre la amada y que el que concibe el mundo mentalmente, el que comprende; vivir es realizar y fundir esas dos contrarias naturalezas—humana y cósmica—que convergen en el hombre, por eso tras la vida de éste, queda una realidad consumada e inservible: queda el tópico. El tópico es nuestra realidad consumada, algo sobre lo que no podemos vivir por la sencilla razón de que nos es imposible crear lo que ya está creado. En las épocas clásicas advienen los grandes tópicos porque estas épocas son las de vitalidades grandes; las etapas